

maestra es el *Moisés*, que esculpíó para el supulcro de Julio II, y que se vé en Roma, en la iglesia de San Pedro *in vincoli*.

Por lo demás, todas sus grandes obras se encuentran en esta última ciudad. Habíase hecho en pintura discípulo de Domingo Ghirlandajo, pero no pudo plérgarse al estilo frío, descarnado y seco de su maestro. Su genio impetuoso siguió á la naturaleza en lo que ésta tiene de más vivo y palpitante, y transformó á la pintura en riquísima poesía. Su obra maestra en este arte es el fresco del *Juicio final*, que pintó en la bóveda de la capilla Sixtina. Al oír el toque de las trompetas de los ángeles, los muertos salen de sus tumbas, esforzándose en despojarse de la tierra que los cubre, mientras otros se elevan por los aires para ir á presentarse ante el supremo juez. Los ángeles se llevan al cielo á los elegidos, mientras que los demonios arrastran al infierno á los réprobos. Esa composición inmensa hace pensar, por su brillo, su movimiento y su vigor, al *Infierno* de Dante.

Después de eso recibió Miguel Ángel encargo de dirigir la construcción de la inmortal basilica de San Pedro, con arreglo á los planos de Bramante. Pero la cúpula de esa iglesia, que es, en todos sentidos, la primera del mundo, fué exclusivamente obra suya. Ese patriarca del arte murió en 1564 á la edad de noventa años.

Rafael. — Rafael Sanzio es el príncipe de la pintura moderna. Nació en Urbino, el año 1483 y murió en 1520, cuando apenas contaba treinta y siete años. Su imaginación fué tan fecunda y tan rápido su pincel que esa cortísima existencia produjo numerosas obras maestras, que se encuentran hoy en Florencia, Dresde, Roma, París, Londres, en casi todos los museos de Europa y en las colecciones particulares de cierta importancia. Fué á Florencia en 1503, viviendo ya en esa ciudad, ya en Perusa, para al fin fijarse en Roma en 1508, llamado por su tío Bramante.

Julio II lo encargó de adornar las salas del Vaticano; con tal objeto pintó el *Incendio del Burgo*, la *Escuela de Atenas*, la *Disputa del Santo Sacramento*, la *Poesía* ó las musas y Apolo, rodeados por los prin-

cipales poetas antiguos y modernos, la *Filosofía*, la *Jurisprudencia* y la *Teología*.

Después de la muerte de Bramante, continuó las construcciones empezadas por su tío en el Vaticano, dirigiendo la fábrica de la parte del palacio cuyas estancias han llegado á ser tan célebres gracias á las pinturas con que las adornó Rafael. Lo notable que hay en las estancias son los cuatro cuadros pintados al fresco en cada una de las trece bóvedas, lo cual forma en junto cincuenta y dos pinturas que representan los principales hechos del antiguo y del nuevo Testamento; á eso se le llama Biblia de Rafael.

Ese gran pintor empezó por ser discípulo de Perugini, á quien imitó por de pronto con gran exactitud. Pero luego quiso reunir á los méritos de su maestro los de los grandes artistas gloria de la Italia de entonces. Así fué que estudió á Leonardo, aprendió en Miguel Ángel la ciencia anatómica y del *Frate* el conocimiento de la perspectiva; observó los efectos de luz, de sombra, de noche y de sol, los animales, las vestiduras, y se aplicó á disponer sus personajes con arte maravilloso. Su genio no posee el brio ni los ímpetus del de Miguel Ángel, sus concepciones no presentan la misma grandeza; pero hay en sus obras tal gracia, tal armonía y pureza, que rayan en la perfección. Sus *vírgenes*, que multiplicó prodigiosamente, son de belleza ideal, que no existe en la realidad y que el genio de Rafael creó.

En general se considera como su obra maestra uno de los grandes cuadros del Vaticano, la *Transfiguración*, en la cual puso en movimiento los 22 primeros versículos del capítulo xvii de San Mateo, que nos representa á Cristo transfigurado entre Moisés y Elías, y á tres apóstoles, Pedro, Santiago y Juan, que, deslumbrados por el brillo de la aparición, caen despavoridos á tierra; en la base de la montaña se ve al pueblo, esperando á Jesús para presentarle un niño poseído por el demonio y rogarle que lo cure. En ese cuadro, dice Vasari, hay figuras tan hermosas, cabezas de estilo tan nuevo y de tan variado carácter, que con razón se le tiene por todos los artistas como la obra más admirable que Rafael produjera.

De las escuelas italianas. — Esos grandes maestros fueron los jefes de las diferentes escuelas de pintura, célebres en Italia y en el resto de Europa.

La escuela florentina, que tuvo por jefes á Leonardo de Vinci y Miguel Ángel, vió aparecer multitud de artistas, entre los cuales mencionaremos á fra Bartolommeo (*il Frate*) y *Andrés del Sarto*. El primero había sido uno de los más entusiastas partidarios de Savonarola. Después de la muerte del dominico, tomó á su vez los hábitos de esa orden y entró en el convento de San Marcos. Su vida fué corta, pues murió en 1517, á la edad de 48 años. Expresivo como Leonardo, lleno de gracia como Rafael, imponente como Miguel Ángel, colorista casi igual al Ticiano, impregnado de la ciencia y del sentimiento de los tonos, pero sin servilidad, sin violencia, sin afectación y sin desvaríos, *il Frate*, dicen los comentadores de Vasari, fué el resumen del arte florentino en su época.

Andrés del Sarto, apellidado así por ser hijo de un sastre, casi no salió de Florencia, y por ese motivo se encuentran en esa ciudad casi todas sus obras. Distinguióse por la pureza del dibujo, la precisión y poder del colorido, la armonía y unidad de sus composiciones. Su mala conducta hizo que viviera miserablemente. Por un pedazo de pan pintó su *Virgen del saco*, que se halla en el convento de los dominicos.

La escuela romana, que puede llamarse hija de la Florentina, tuvo por jefe á Rafael. El pintor de Urbino no hubiera podido ejecutar nunca por sí solo todos los cuadros que llevan su nombre, si no le hubiesen ayudado en esa tarea multitud de pintores que se enorgullecían de tenerlo por maestro. Así era que al salir de su estudio, le formaban cortejo Juan de Udino, Perín del Vaga, il Fattore, Pelegrino de Módena, Polidoro de Caravaga y otros varios. Su discípulo predilecto, que al morir Rafael quedó siendo jefe de la escuela, fué Julio Romano.

La escuela parmesana no tuvo, por decirlo así, más que un pintor, pero ese fué Correggio, llamado así por haber nacido en dicho pueblo, aunque su verdadero nombre era Antonio Allegri. Nunca salió de los pequeños Estados que en su época existían en Italia

central. Carecía de riquezas, y eso le impidió tomar lecciones de nadie, por lo cual puede decirse que debió á su propio esfuerzo sus triunfos y su gloria. Habiendo visto en Parma un cuadro de Rafael, su genio se reveló, haciéndole lanzar esta exclamación: *Anch'io sono pittore*, yo también soy pintor. Sin embargo, vivió pobre y postergado, teniendo que vender á vil precio sus cuadros, y luchando perpetuamente contra el hambre. Sus obras constituyen hoy la riqueza del museo de Parma, y adornan la catedral de esa ciudad, y cosa que asombra, ese infeliz artista, que no conoció ni un instante de dicha, brilla sobre todo por la gracia, la suavidad y ternura de su estilo.

La escuela de Bolonia se gloria de haber tenido por maestros al Parmesano, á los tres Carraccio, Luis, Agustín y Aníbal, Dominiquino, Guido Guerchino y Albano.

La escuela Veneciana cuenta entre sus artistas á Bellini, Giorgione, Ticiano, Tintoreto, Veroneso, los Bassano y los Palma.

Giorgione (1477-1511) y Ticiano (1477-1578) fueron los discípulos de Bellini. El primero pintó magníficos frescos que han desaparecido, y sólo quedan de él unos cuantos cuadros. Más afortunado que su colega, Ticiano vivió casi un siglo, 99 años, sin que se debilitaran apenas sus facultades, y multiplicó sus producciones hasta tal punto que no hay museo donde no se halle alguna. Había sido nombrado primer pintor de la república de Venecia, y por tal razón tenía que hacer el retrato de cada nuevo dux, mediante ocho escudos. A ese convenio debemos los cuadros que representan á los dux Andrés Gritti, Pedro Lando, Francisco Donato, Marco Antonio de Treviso y Venerio.

Tintoreto y Pablo Veroneso adornaron el palacio del dux. El primero dejó allí más de veinte cuadros sin contar los retratos. En ese mismo edificio se cuentan una docena de grandes composiciones del Veroneso, techos ó cuadros. Los asuntos tratados en ellas son muy diversos.

Esos pintores se distinguen por el brillo y vigor del colorido. Vestían sus personajes á la Veneciana, y

eran superiores en el retrato. En París hay diez y ocho cuadros del Ticiano, entre los que se cuentan un retrato de Francisco I y el de una dama cuyo nombre se ignora.

§ III. — *Del Renacimiento en Flandes y en Alemania. Los Van Eyck, Erasmo, Durer y Copérnico.*

El Renacimiento imprimió en todas partes nueva dirección al espíritu humano, y ese cambio se manifestó en las letras, las artes y las ciencias. En Flandes y Alemania la nueva literatura fué representada por Erasmo, de Rotterdam, cuya influencia se dejó sentir en toda Europa. Las artes debieron sus progresos á los van Eyck y á los Alberto Durer ó Durero, que pueden ser considerados como jefes de la escuela flamenca, y el genio de Copérnico abrió á la ciencia nuevos derroteros con el descubrimiento del sistema del mundo.

Erasmo. — Erasmo fué el primero de los humanistas en el siglo xvi. Nació en Rotterdam el 28 de octubre de 1447, haciendo sus primeros estudios en la catedral de Utrecht y en la escuela de Deventer. Como su capacidad le había valido una beca en el colegio de Montaigu, allí continuó perfeccionando sus conocimientos hasta 1521. Su vida fué serie no interrumpida de viajes. Visitó la Inglaterra y la Italia, habitó durante algún tiempo en Venecia, alojado en casa de Aldo Manucio, su editor, y de allí pasó á Roma, donde lo había precedido la fama, volviéndose desde allí á Inglaterra, á pesar de cuantas instancias le hicieron los cardenales para que permaneciese en la corte pontificia. Desde el último de dichos países marchó á Bruselas, y luego á Basilea, punto en que se fijó para cuidar de la impresión de todas sus obras, empresa de que encargó á su amigo Froben.

Fué favorecido por los papas León X, Adriano VI, Clemente VII y Paulo III. Este último lo nombró preboste de Deventer, y su intención era confiarle beneficios hasta que tuviera 3.000 ducados de renta, con objeto de que pudiese aceptar el título de cardenal que se proponía concederle. Pero Erasmo, que pre-

fería su tranquilidad y su independencia á los honores, no aceptó los presentes que le hacían.

Consagrado por completo al estudio de los antiguos, Erasmo acabó por no tener más idioma que el de esos pueblos. Escribía el latín como Cicerón.

Sus obras, que forman diez volúmenes en folio, contienen tratados de retórica y de gramática, como el *De copia verborum*; trabajos de erudición como sus *Adagios*; publicaciones de circunstancia, como sus *Coloquios* y su *Elogio de la locura*, en que satiriza con mucho ingenio los vicios y originalidades de cada profesión; traducciones de los Padres griegos y del Nuevo Testamento; y por último, escritos de polémica, en que ataca y refuta á Lutero.

Erasmo había sido vivamente impresionado por los abusos que reinaban en la Iglesia en el siglo xvi. Así es que ridiculiza con mordaz ironía la ignorancia, la superstición y la indolencia de los ricos beneficiados, la corrupción de ciertos monasterios, y la escandalosa licencia de las altas dignidades eclesiásticas, que no se preocupaban para nada de su deber de pastores. Al ver esas críticas, Lutero creyó por de pronto poder atraer á su partido al literato de Rotterdam, y al efecto le escribió cartas muy lisonjeras. La palabra reforma, que no sólo ese escritor, sino también Julio II y León X, éste en el concilio de Letrán, habían pronunciado, hizo que Erasmo vacilara por de pronto; mas, cuando vió que no se trataba de purificar y fortalecer á la Iglesia, sino que el propósito del monje sajón era destruirla, Erasmo declaró vigorosamente su fe y combatió con fortuna los nuevos errores.

La reputación del mencionado literato se extendió por toda Europa. Tal vez no ha existido escritor alguno que tuviera en vida tantos admiradores. Los príncipes se gloriaban de sostener correspondencia con él, y procuraban atraerlo á sus cortes; los escritores y los sabios se enorgullecían de que Erasmo les escribiera, y sin alcanzar influjo tan decisivo como el de Voltaire en el siglo xviii, empuñó como éste el cetro de la literatura, y ha merecido que se le considere como príncipe de las inteligencias de su tiempo. Él fué quien sacó á Alemania de la barbarie; á él debe

principalmente el Norte de Europa su renacimiento literario, las primeras ediciones de varios padres de la Iglesia, las reglas de la sana crítica y el gusto por la antigüedad. Penetrado de lecturas clásicas, que fueron sus modelos, su estilo, dijera lo que dijese sus detractores, es puro, fluido, ingenioso, original en cierto grado, y no menos elegante que el de ciertos puristas exagerados, cuya pretensión consistía en no emplear más que giros ciceronianos. Erasmo aplicó á las discusiones teológicas y á los asuntos más místicos las agradables formas de su lenguaje, y tuvo el mérito de despojar á esas materias de las argucias y sutilezas en que se las había envuelto con demasiada frecuencia.

Los Van Eyck. Alberto Durer. — Según ya se ha visto, un alemán, Gutenberg, fué quien dotó al mundo civilizado con la invención de la imprenta. En cuanto á la pintura, varios pintores flamencos, los Van Eyck, la enriquecieron con uno de los más brillantes descubrimientos modernos. El más joven de ellos, Juan de Brujas, descubrió la pintura al óleo, ó por lo menos la perfeccionó, gracias á un principio que permitió al artista retocar sus colores antes de que se hubiesen secado.

Antes se pintaba sobre madera, ó telas cubiertas de yeso, ó bien al fresco sobre las paredes. Todos esos métodos presentaban grandes inconvenientes. La pintura sobre madera estaba expuesta á todos los movimientos que esa sustancia experimenta, según esté el tiempo seco ó húmedo. Lo mismo ocurría con el yeso y las paredes. La temperatura ejercía acción enorme sobre las composiciones sometidas á todos los cambios atmosféricos.

La pintura al óleo resolvió ese problema, y permitió á los artistas, en cuanto es posible, poner sus obras á cubierto de los estragos del tiempo. Huberto Van Eyck se unió con su hermano, y juntos libraron á la pintura de los fondos de oro y de las figuras prolongadas y secas debidas á la tradición bizantina. Estudiando á la naturaleza, hallaron en la verdad de su imitación tipos exactos que pusieron á la escuela flamenca en la misma vía que las escuelas italianas.

La escuela alemana de Dresde, dirigida por Luis Kraner, la de Nuremberg, cuyo jefe fué Alberto Durer, y la de Basilea, que tuvo en calidad de tal á Holbein, se asociaron á los mismos esfuerzos.

Alberto Durer ó Durer, que es como debe llamársele, nació en Nuremberg en 1471 y murió en 1528. Como Miguel Angel, Leonardo, y todos los grandes artistas de aquella época, Durer fué un talento universal, distinguiéndose como pintor, arquitecto, ingeniero, escultor, matemático y grabador. Su fecundidad iguala á la de Rafael, quien admiraba sinceramente sus obras. Casi no hay en Europa un museo ó galería que no posea alguno de sus cuadros. Sus personajes presentan irreprochable regularidad de fisonomía, si bien se echa de menos en ellos la animación y viveza de los rostros. El destello de la inteligencia no es bastante grande.

Pero como grabador no tuvo Durer rival alguno. Dejó 1254 grabados. El florentino Finiguerra había inventado á mediados del siglo xiv el grabado en cobre, y la manera de reproducir los asuntos grabados, permitiendo así que todo el mundo poseyese imágenes de las obras maestras de la pintura. Durer descubrió el grabado al agua fuerte, y alcanzó la perfección de ese género. Rafael admiraba esos trabajos y había cubierto con ellos las paredes de su estudio.

Hans Holbein, padre de la escuela de Basilea, alcanza la estatura de Durer, el gran artista de Nuremberg. En ese pintor se admiran sobre todo sus talentos de retratista. Hizo los retratos de Lutero y de Calvino, los grandes innovadores del siglo xvi, el de Catalina Bore, mujer de Lutero, y los de Erasmo y de Enrique VIII. En esos trabajos se nota alguna sequedad y dureza, pero el colorido alcanza en ellos gran vigor, y su verdad y viveza son tales que parecen estar hablando.

Copérnico. — Las ciencias no realizaron verdaderos progresos más que bajo el Renacimiento. Las matemáticas, la física y la astronomía permanecieron casi estacionarias mientras no se volvió al estudio de Euclides, de Diofanto, de Arquímedes, Ptolomeo y todos los sabios que fueron gloria de Atenas y de Roma.

Pero lo notable es que los hombres que más brillaron en esa clase de conocimientos, estaban revestidos de las más brillantes dignidades eclesiásticas. Nicolás de Cusa, que sostuvo dos siglos antes que Galileo la doctrina del movimiento de rotación de la tierra, fué sucesivamente deán de San Florín de Coblentza, arcediano de Lieja, obispo y cardenal. Ese personaje había descubierto lo que de defectuoso existía en el calendario, proponiendo su reforma al concilio de Basilea. El papa Eugenio IV le confió varias rogaciones importantes, y Nicolás V lo nombró obispo de Brixen, honrándolo con la púrpura romana en 1448. Juan Muller, más conocido por el nombre de Regiomontano, que fué con su maestro Purbach uno de los regeneradores de la astronomía moderna, recibió de Sixto IV el obispado de Ratisbona; más tarde, ese pontífice lo llamó á la ciudad eterna otorgándole magníficos beneficios. Habiéndose aplicado al estudio del griego bajo la dirección de Bessarión, publicó, por deseo de este cardenal, un compendio del *Almagesto* de Ptolomeo, y puso de manifiesto en sus críticas cuanta inverosimilitud contenía el sistema de aquel astrónomo griego, hasta entonces principal autoridad en su ciencia. Copérnico, que dió el golpe mortal á ese sistema, nació en Thorn el año de 1473 é hizo sus estudios en Cracovia. Recibióse doctor en medicina, y fué á Italia, donde conoció el famoso Regiomontano. De vuelta á su país, su tío materno, obispo de Viarmia, le otorgó una canonjía en Frauenberg. En esa vida tranquila continuó sus estudios, llegando á formular su sistema por las observaciones astronómicas que practicó y por el estudio profundo de las obras de los antiguos.

Lo que había llamado más su atención en el estudio de los autores paganos fué que no le parecieron absolutamente convencidos del orden y de la sencillez que debían reinar en las obras de Dios. Las ideas que en el orden teológico se había formado de la creación lo persuadieron *a priori* de la unidad y simplicidad de las leyes universales, creyendo en consecuencia que mientras más orden y simetría se pusiera en las concepciones de los antiguos, más cerca se estaría de la verdad tocante al sistema del mundo. Convencido

como se hallaba de la falsedad del sistema de Ptolomeo, que su amigo Regiomontano atacara tan briosamente, Copérnico releyó los sistemas de los egipcios, de Apolonio de Perga, de Filolao, de Nicetas, de Heraclio, de Aristarco de Samos y de Pitágoras, y, tomando de cada uno de esos trabajos los elementos utilizables, llegó á componer una obra *De orbium cælestium revolutionibus*, en que expone el sistema del mundo tal como se le admite en la actualidad. Sometió toda la astronomía á una simple idea, y esa unidad constituyó el triunfo de la ciencia, pues reveló plenamente la belleza de la obra del Creador.

El italiano Galileo (1564-1642), que fué el inventor del telescopio, sostuvo ardorosamente ese nuevo sistema, y contribuyó mucho á hacerlo prevalecer. Tycho Brahe (1546-1601) continuó las observaciones de Copérnico, é imaginó por su parte un sistema particular que no ha obtenido el asentimiento de los sabios. Pero al menos sus trabajos condujeron á su discípulo Képler (1571-1631) al descubrimiento de las leyes de los movimientos celestes.

§ IV. — *Del Renacimiento en Francia. El cardenal de Amboise; el Colegio de Francia. Rabelais, Ronsard, Montaigne. La escuela de Fontainebleau; Juan Goujón. Filiberto Delorme.*

Del renacimiento de las letras. — La lengua francesa había realizado desde antes del Renacimiento notables progresos. Comines, al escribir en sus *Memoirs* la historia de Luis XI, introdujo en esta rama de las letras, á la vez que su estilo inimitable, carácter completamente nuevo, pues no se limitó como Froissard á contar con arte maravilloso las escenas de que había sido testigo, sino que estudió particularmente las negociaciones, las intrigas diplomáticas y los propósitos de los personajes. Leyéndolo se comprende que ha nacido la política moderna.

Desde la invención de la imprenta y la dispersión de los griegos por el occidente europeo, todos los espíritus se apasionaron por las obras maestras de la antigüedad y se pusieron á estudiarlas y comentarlas